

TRABAJO SOCIAL: ¿DISCIPLINA O TECNOLOGÍA SOCIAL?

ALGUNAS PUNTUALIZACIONES DE ORDEN EPISTEMOLÓGICO

SOCIAL WORK: ¿DISCIPLINE OR SOCIAL TECHNOLOGY? SOME POINTS OF AN EPISTEMOLOGICAL ORDER

Saúl Chinche Calizaya¹

CHINCHE CALIZAYA, Saúl. (2017). "Trabajo social: ¿Disciplina o tecnología social? Algunas puntualizaciones de orden epistemológico". Con-Sciencias Sociales - N° Especial de Filosofía - Semestre 2017. pp. 50 - 61. Universidad Católica Boliviana "San Pablo". Cochabamba.

Resumen

Los inicios del trabajo social bien pueden ser considerados como turbulentos e inestables en términos de su precisión y solidez teórico-conceptual, principalmente en razón a la debilidad estructural con la que irrumpe en el escenario del mundo académico enmarcado en las ciencias sociales. Esta situación de algún modo, ha contribuido a la profundización del debate epistemológico en torno a identificarla como *tecnología social* o bien visualizarla como *disciplina científica* adscrita al ámbito de las Ciencias Sociales.

De ahí que resulta interesante observar que en el proceso de su construcción histórica, se encuentre impregnada por una fuerte heterogeneidad que a modo de péndulo, la sitúa en torno a dos orientaciones: por un lado la investigación y, por el otro, la acción como tal.

Abstract

The beginnings of social work can well be considered as troublous and unstable in terms of its precision and theoretical-conceptual solidity, mainly due to the structural weakness with which it bursts onto the scene of the academic world framed in the social sciences. This situation in some way has contributed to the deepening of the epistemological debate on identifying it as social technology or visualizing it as a scientific field attached to the field of Social Sciences. Hence, it is interesting to observe that in the process of its historical construction, it is permeated by a strong heterogeneity that, like a pendulum, places it around two orientations: on the one hand research, and on the other, action as such.

INTRODUCCIÓN

El Trabajo Social emerge con inusitada expectativa en el campo de las Ciencias Sociales, dada la dinámica de las sociedades modernas, los escenarios y contextos del sistema capitalista y sus múltiples connotaciones que han impulsado notablemente su desarrollo protagónico actual. No obstante a ello, nos resulta inevitable referirnos a la precisión y solidez teórico-conceptual con la que irrumpe en el escenario del mundo académico y que permite apreciar nítidamente debilidades históricas que dan cuenta de una ausencia en la reflexión epistemológica estructural del quehacer específico profesional. Tal situación de algún modo, ha contribuido a la profundización del debate epistemológico en torno a identificarla como *tecnología social* o bien visualizarla como *disciplina científica* adscrita al ámbito de las Ciencias Sociales.

Lo cierto es que el proceso de construcción histórica del Trabajo Social se encuentra impregnada por una fuerte heterogeneidad que a modo de péndulo, la ha situado en torno a dos orientaciones: por un lado la investigación y, por el otro, la acción como tal.

En el primer caso, representa punto de partida de la labor del trabajador social, recurrir a los

Resumo

Os inícios do serviço social podem ser considerados turbulentos e instáveis em termos de precisão e solidez teórico-conceitual, principalmente pela fragilidade estrutural com que irrompe no cenário do mundo acadêmico emoldurado nas ciências sociais. Essa situação, de alguma forma, tem contribuído para o aprofundamento do debate epistemológico em torno de identificá-la como tecnologia social ou visualizá-la como uma disciplina científica vinculada ao campo das Ciências Sociais. Assim, é interessante observar que, no processo de sua construção histórica, é permeado por uma forte heterogeneidade que, como um pêndulo, o coloca em torno de duas orientações: de um lado, a pesquisa e, de outro, a ação como tal.

indicios, a las pruebas que caracterizan el escenario de la realidad social de donde se extraen las pruebas, así como la interpretación de los factores en un contexto social y cultural delimitado en tiempo y espacio histórico; para luego, en el segundo caso, plantearse posibles opciones y/o alternativas de respuestas concretas a los problemas detectados, la movilización de recursos, así como la aplicación de medios y estrategias de intervención.

No obstante a ello, a modo de constante en el quehacer profesional del Trabajo Social, ésta se ha caracterizado por visibilizar una imagen de *“profesionales solo de la práctica”*, dejándose llevar por el dinamismo de la acción, recargando –por inercia– su labor de trabajo (actuación); pero renunciando a la preocupación estructural y acuciante de ir profundizando en el estudio, análisis, reflexión y teorización sobre su propio quehacer disciplinar. Contrariamente a esta intencionalidad de consolidación progresiva del nicho disciplinar y consecuentemente lograr dominar la propia práctica, al parecer, han sido inexorablemente subyugados por ella.

Corresponde aclarar prontamente, que no pretendemos bajo ninguna circunstancia subvalorar la riqueza de la práctica del ejercicio profesional del trabajo social; al contrario, creemos que es precisamente esa práctica la que debiera ser

contemplada como la generadora y productora de experiencias, pero fundamentalmente como la instancia desde la cual pueda ir forjándose conocimiento específico sobre la propia profesión. Por ello, resulta urgente adoptar una vigilancia epistemológica permanente en toda producción de conocimiento válido que considere la ineludible implicación concreta y situada del sujeto en la experiencia cognoscitiva que tiene lugar.

Cabe indicar prontamente que toda intencionalidad de construcción de la identidad disciplinar, no puede dejar de lado el horizonte epistemológico que la caracteriza, la misma que opera en torno al hecho de *“saber lo que hacen los trabajadores sociales”*, en momentos en el que no solo el trabajo social –sino también las otras disciplinas de las ciencias sociales–, se hallan inexorablemente expuestas a superar la disyuntiva entre lo anhelado y lo permisible; o lo que es lo mismo, entre lo deseable y lo posible que probablemente contribuiría a clarificar de mejor modo, la consolidación del quehacer de la disciplina en el campo de las ciencias sociales.

1. DESARROLLO

Los inicios del trabajo social bien pueden ser considerados como turbulentos e inestables en términos de su precisión y solidez teórico-conceptual, principalmente en razón a la debilidad estructural con la que irrumpe en el escenario del mundo académico enmarcado en las ciencias sociales.

Esta situación de algún modo, ha contribuido a la profundización del debate epistemológico en torno a identificarla como tecnología social o bien visualizarla como disciplina científica adscrita al ámbito de las Ciencias Sociales.

De ahí que resulta interesante observar que en el proceso de su construcción histórica, se encuentre impregnada por una fuerte heterogeneidad que a modo de péndulo, la sitúa en torno a dos orientaciones: por un lado la investigación y, por el otro, la acción como tal.

En el primer caso, representa punto de partida de la labor del trabajador social, recurrir a los indicios, a las pruebas que caracterizan el escenario de la realidad social de donde se extraen las pruebas, así como la interpretación de los factores en un contexto social y cultural delimitado en tiempo y espacio histórico; para luego, en el segundo caso, plantearse posibles opciones y/o alternativas de respuestas concretas a los problemas detectados, la movilización de recursos, así como la aplicación de medios y estrategias de intervención.

No obstante a ello, a modo de constante en el quehacer profesional del Trabajo Social, ésta se ha caracterizado por visibilizar una imagen de *“profesionales solo de la práctica”*, dejándose llevar por el dinamismo de la acción, recargando –por inercia– su labor de trabajo (actuación); pero renunciando a la preocupación estructural y acuciante de ir profundizando en el estudio, análisis, reflexión y teorización sobre su propio quehacer disciplinar. Contrariamente a esta intencionalidad de consolidación progresiva del nicho disciplinar y consecuentemente lograr dominar la propia práctica, al parecer, han sido inexorablemente subyugados por ella.

Corresponde aclarar prontamente, que no pretendemos bajo ninguna circunstancia subvalorar la riqueza de la práctica del ejercicio profesional del trabajo social; al contrario, creemos que es precisamente esa práctica la que debiera ser contemplada como la generadora y productora de experiencias, pero fundamentalmente como la instancia desde la cual pueda ir forjándose conocimiento específico sobre la propia profesión.

Otra cuestión que se adhiere a este análisis está vinculada a la necesidad de reflexionar y clarificar aún más los alcances del *“problema social”*, dado que es apremiante reconocer que ningún *“problema social es de exclusividad legitimante o independiente tal problema”*, dado que éste se produce y desarrolla socialmente guiada por circunstancias de negociación, de construcción e incluso la de deconstrucción de una determinada realidad condicionada estructural, cotidiana e históricamente por los propios actores sociales.

Al asumir esta postura, aceptamos tácitamente la inexistencia de la observación “desde ninguna parte”; marcando distancia respecto a los positivistas que defienden tal posicionamiento y que dio paso a la construcción de barreras infranqueables entre sujeto y objeto.

Más aún resulta menester reconocer que *“en el curso de las investigaciones olvidamos a menudo quién está formulando las preguntas y cómo se formula la pregunta. Al no incluirnos en la reflexión, perseguimos tan sólo una reflexión parcial y nuestra pregunta deja de estar encarnada; busca expresar en palabras de Thomas Nagel, una perspectiva desde ninguna parte. Resulta irónico que este intento por lograr una perspectiva no encarnada nos lleve justamente a adoptar una perspectiva desde un lugar teóricamente limitado, preconceptualmente entrampado y muy específico”* (Varela.1996:94).

Por ello, resulta urgente adoptar una vigilancia epistemológica permanente en toda producción

de conocimiento válido que considere la ineludible implicación concreta y situada del sujeto en la experiencia cognoscitiva que tiene lugar.

Ahora bien, en ese proceso de construcción de la identidad disciplinar, no puede dejarse de lado el horizonte epistemológico que la caracteriza, la misma que opera en torno al hecho de “saber lo que hacen los trabajadores sociales”, en momentos en el que no solo el trabajo social –sino también las otras disciplinas de las ciencias sociales-, se hallan inexorablemente expuestas a superar la disyuntiva entre lo anhelado y lo permisible; o lo que es lo mismo, entre lo deseable y lo posible que probablemente contribuiría a clarificar de mejor modo, la consolidación del quehacer de la disciplina en el campo de las ciencias sociales.

Debe también agregarse a ello, que el caso concreto del espacio profesional del trabajo social, se ha venido desarrollando sobre la base de la existencia de tensiones entre su campo de análisis (lo macrosocial) y su campo de intervención (lo microsociales), aspectos que históricamente se han expresado en términos dicotómicos y que de algún modo, explican la predominancia de la *intervención*⁽¹⁾ como mandato social –campo de problemas caracterizado por la *cuestión social* que engloba la reproducción de la vida de los sujetos, en las que el trabajador social se halla inmerso-, en relación al campo de análisis, la cual ha sido relegada e históricamente postergada a momento de asumir con prioridad, la reflexión teórico-metodológica sistemática y principalmente, la construcción de puentes lógicos entre lo macrosocial (campo de análisis) y lo microsociales (campo de intervención).

Por ello, resulta inequívoco afirmar que *“una de las dificultades principales que tiene aún el trabajo social para elaborar teoría para su propio consumo, es que no se sabe que se va a estudiar, porque no hay precisión sobre el objeto. Esto, agregado a la subestimación a la teoría, lo que dificulta la articulación con la totalidad y con la historia, y agregado a la práctica de una metodología inductiva, determina que las investigaciones del trabajo social, queden encerradas en una descripción de lo particular, sin superar la crítica a las prácticas teóricas del trabajo social tradicional”* (Escalada. 1986:92).

De ahí que probablemente las interrogantes en torno a **qué** es el Trabajo Social, **cuál** es su objeto, representen ser poco significativas y prioritarias frente a la interrogante referida a **qué** estudia el trabajo social, puesto que ello podría aperturar nuevas posibilidades de discusión que permitan definirla en términos de objeto de conocimiento o como objeto de intervención.

En el caso de acentuarse la preocupación latente en torno a la intención de saber **qué** hacen los trabajadores sociales, exige sopesar inexorablemente algunas dificultades que gradualmente tienden a complejizarse en razón a que no siempre resulta sencillo saber lo que se hace en la práctica cotidiana.

Precisamente, esa propensión del trabajador social a responder con cierta rapidez y urgencia a las situaciones circunstanciales diversas, propias del escenario de realidad histórico-social a las que se enfrenta –aspecto que es coherente con su vocación de ayuda-, ha dado lugar a dejar en segundo plano, la apremiante necesidad de sistematización y formalización de saberes y experiencias adquiridas en los encuentros e interacciones cotidianas con el escenario del contexto sociocultural en los que interviene y que –a nuestro criterio-, posibilitarían en gran manera, la construcción de un universo simbólico propio.

De hecho, la construcción de ese universo simbólico propio del trabajo social favorecería el uso de una amplia gama de elecciones ético-políticas, preceptos axiológicos y morales, resultantes de la rica producción social de la vida en común; además de promover el ejercicio de una práctica teórica que contribuya a legitimar la consolidación del nicho disciplinar, el reconocimiento e identidad al interior del campo de las ciencias sociales.

En esa dirección, creemos que el reto insoslayable del trabajo social en la actualidad, se halla encaminada a superar la impronta interventiva, la subalternidad –asignado o las más de las veces asumido- y la marginalidad teórica –que se expresa como una constante en la profesión-, referida a la ausencia de la reflexión epistemológica necesaria y que históricamente acompañó su aparición. Tal situación, ha dado lugar a la formulación de orientaciones referidas a concebirla como **tecnología social** o como **disciplina científica**.

Sin el ánimo de extender la discusión retórica más que dialéctica en torno a tales orientaciones, creemos que resulta mucho más fructífero retomar cuestiones teórico-conceptuales que bajo ninguna circunstancia podemos dar por resueltas, como es el caso de la autodefinición del trabajo social y más aún desde la necesaria reflexión y vigilancia epistemológica de la construcción del conocimiento cierto o probable que *“viene de principios irrecusables a priori, evidentes de lo que es la consecuencia necesaria, ya que los sentidos solos no pueden suministrar más que una visión confusa y provisional de la verdad”* (Di Tella; Chumbita; Gamba; Gajardo. 2008:587)

Desde tales orientaciones, corresponde realizar algunas precisiones en torno a la epistemología en tanto *“tratado de la ciencia”* y que constituye una metateoría crítica del conocimiento científico, de su génesis; los fundamentos, metodologías, desarrollo, proyecciones y resultados del conocimiento.

La epistemología se propone *“estudiar la producción de conocimientos científicos bajo todos sus aspectos: lógico, lingüístico, histórico, ideológico, dado que las ciencias nacen y evolucionan en circunstancias históricas determinadas, el epistemólogo se preguntará también cuáles son las relaciones que pueden existir entre la ciencia y la sociedad, entre la ciencia y las religiones, o entre las diversas ciencias”* (Toledo.2004:4).

Actualmente la epistemología se halla preocupada en desarrollar tareas referidas a la producción de críticas y autocríticas acerca de la ciencia del conocimiento, sin descuidar el encuadre histórico interno y externo en el que surgen las producciones de conocimiento científico (procesos y contextos), buscando establecer una serie de razonamientos que valoren ampliamente los elementos sociales. Esto en razón a que la ciencia es un producto social, que debe dar respuesta a las preguntas que surgen en contextos específicos en los que se producen.

De ahí que la posibilidad de constituir *“cualquier disciplina de las ciencias sociales en una reflexión profunda y rigurosa, se fundamenta en el requisito indispensable de mantener una permanente vigilancia epistemológica sobre la praxis científica. Ello en razón de que, sólo si existe una sólida reflexión en torno a los supuestos del conocimiento que subyacen a cada proceso científico específico, será posible elaborar análisis y sugerir soluciones desde los fenómenos concretos y no exclusivamente desde los modelos subyacentes en la mente del practicante de la disciplina científica”* (Varela.1971:5).

No obstante ello, es menester precisar que la disciplina en la modernidad fue concebida como una categoría organizacional en el seno del conocimiento científico, que si bien está englobada a través de un conjunto científico más vasto; tiende naturalmente a la autonomía y la especialización, no sólo por la rigidez y la demarcación de sus fronteras, sino porque conlleva un recorte de conocimientos acumulados que van desde la comunicabilidad (enseñanza), la inserción en las prácticas sociales hasta la especificidad de contenidos y métodos típicos de una especialización ⁽²⁾.

La disciplina es siempre *“una manera de organizar y delimitar un territorio de trabajo, de*

concentrar la investigación y las experiencias dentro de un determinado ángulo de visión” (Torres.1998:58). Tales criterios siempre estuvieron respaldados por complejas estructuras de organización del saber, de leyes, de axiomas, de reglas de demarcación de fronteras, de la lengua que sobre ella se construye; de teorías que les son propias, de las técnicas que elabora y/o utiliza; además de las disputas permanentes por reconocer jurisdicciones o territorios demarcatorios sobre uno u otro saber; sumados a las intenciones de subordinación, jerarquización y hegemonización del conocimiento.

Esta lógica disciplinaria ⁽³⁾ no sólo reconoce diferencias de conocimientos, sino que diseña también un universo del saber, asignando lugares y funciones, para de este modo, asegurar la unidad del sujeto social del conocimiento, garantizar el control social de su circulación y realizar eficientemente sus fines; aunque claro está sin embargo, en desmedro de auténticos procesos de integración, intercambio de conceptos, metodologías, modelos y posibilidades de hibridación entre otros.

La fecundidad de la disciplina en la historia de la ciencia no ha sido demostrada plenamente; dado que por una parte, opera a partir de la circunscripción de un dominio de competencia como requisito esencial, sin la cual el conocimiento carecería de sentido y significación y, por otra, la disciplina devela, extrae o construye un objeto no trivial para el estudio científico.

Para cerrar este breve análisis sobre la disciplina, debemos señalar que las *“disciplinas aunque manifiesten una cierta continuidad a lo largo de su existencia (especialmente en sus estrategias para seleccionar los problemas de que se ocupan, así como los cambios en sus contenidos), sin embargo, no son corpus eternos e inmutables, sino todo lo contrario, son fruto de un determinado devenir histórico”* (Torres.1998:62), y se hallan sujetas a continuas transformaciones y evoluciones.

Retomando el hilo conductor de la vigilancia epistemológica tan vital en la producción de conocimiento legitimado en las distintas disciplinas de las ciencias sociales, debemos indicar que la misma posee especial valoración en razón a dos vertientes principales.

La primera vertiente refuerza la idea de reflexionar sobre la *praxis científica* en las que el cientista se halla ineludiblemente inmerso; pues queda claro que éste ha definido qué pretende conocer y sobre todo cuál es la posición que ocupa como sujeto de conocimiento.

La segunda vertiente reconoce ampliamente que en ese acto de conocer la realidad social, en su condición de investigador queda comprendido en el espacio que aspira o pretende conocer; puesto que no puede abstraerse de ella ni en primer grado (sentido común) o segundo grado (posibilidad de ir develando críticamente aquello que aparece como natural y evidente).

Ahora bien, si el *trabajo social* se reduciría a una tecnología social considerada una actividad eminentemente humana que aplica conocimientos de otras disciplinas para resolver situaciones cotidianas histórico-concretas; entonces resultaría innecesaria –desde ya-, analizar y reflexionar sobre los supuestos que subyacen a ese proceso científico de conocimiento.

La tecnología social constituye aquella *“actividad que conduce a la planeación de soluciones a problemas sociales, a través de combinaciones de los hallazgos derivados de diferentes áreas de las ciencias sociales”* (Toledo.2004:6).

En esa línea el término intervención, que de algún modo refleja esta tendencia, es producto de una continuidad extensiva de la racionalidad moderna que se apoya en el precepto de que es posible construir realidades a partir de un desarrollo lineal y progresivo, gracias a la razón sobre la que se construye la ciencia y su aplicación técnica.

De igual manera, la intervención social constituye *“aquella dimensión de la teoría social cuyo objeto es explicar y orientar la modificación de situaciones concretas....En este sentido la elaboración de modelos de intervención constituye un componente de dicha teoría y son concebidos como estructuras que organizan diversos tipos de conocimientos, saberes, técnicas articulados alrededor de un objeto de intervención y del proceso a través del cual se pretende lograr su modificación”* (Dieringer y Dellacroce, 2006:197).

Por ello, debe ser considerado como aquel producto cultural de la modernidad que se encuentra aferrada a sus propios cimientos, en razón a que es desde ahí que suministramos confianza, poder, eficacia y efectividad para ejecutar una acción exclusiva a quién la posee y ejecuta. Es decir, refleja esa necesaria carga instrumental que posibilita ejecutar un determinado *hacer práctico* en el ámbito del trabajo social.

A ello debe agregarse que esta presentación como técnica desde los orígenes del trabajo social, si bien ha contribuido a particularizar especialmente su trayectoria, encauzando adecuadamente las bases empíricas de aplicación instrumental para atender las problemáticas sociales propias de sus

prácticas profesionales; también ha implicado y condicionado su desarrollo y consolidación desde una marginalidad o ausencia teórica de aquellos espacios de producción y reproducción de conocimiento y que actualmente aún es bastante limitada.

Cuando hablamos de tecnología debe tomarse en cuenta acciones tales como el *hacer* y el *conocer*, procesos que poseen como dimensionalidad común una forma distintiva de racionalización.

Por ejemplo, si aspiramos a racionalizar el acto de conocer, proyectamos constituir ciencia en tanto existen modificaciones constantes del sujeto que conoce y de sus herramientas para la aprehensión del objeto de estudio cuyo referente es alcanzar la verdad; pero si buscamos racionalizar el acto de hacer como acción estamos constituyendo la técnica, en tanto se busca que el objeto se adecúe al sujeto, siendo su referente de ajuste asegurar la eficacia.

Desde tales orientaciones, cuando se concibe al trabajo social como tecnología social, se prioriza el desarrollo de experiencias y producciones intelectuales que se encuentran al servicio de la práctica profesional que se concretiza en la construcción de modelos como instrumentos articuladores de la técnica, aunque sin descartar totalmente a la ciencia.

Así, cuando se insiste en la postura de visualizar al trabajador social enmarcado en su rol constitutivo de tecnólogo social, se cae en la propensión de que éste se deje dominar por la técnica como posibilidad exclusiva de su quehacer profesional en tanto utilitarios, aunque ella por sí sola no tiene la capacidad de probar una verdad y una creencia útil.

De ahí que el *“tecnólogo social no se preocupa por descubrir la realidad; eso lo deja a los científicos y, basándose en los hallazgos de éstos (los científicos) procura desarrollar técnicas y procedimientos útiles para resolver problemas”* (Toledo. 2005: 69).

Respecto a los objetivos del científico social como del tecnólogo social son abismalmente diferentes. El primero aspira a obtener conocimiento de la realidad que aporta con veracidad y solvencia guiadas por la investigación; denotando una orientación intelectual, cuya finalidad es alcanzar una explicación verosímil de los fenómenos o los hechos sociales, los mismos que se traducen en acciones de investigación, producción y reproducción de conocimientos.

En cambio el segundo –tecnólogo social-, sólo aspira a resolver problemas a través de técnicas útiles que no fueron suficientemente comproba-

das en su totalidad, revelando una ausencia de la investigación como condición *sine qua non* para descubrir la realidad y la obtención de hallazgos relevantes acerca de la realidad.

Consecuentemente, la epistemología y la investigación se hallan fuera de la tecnología social, evidenciando su debilidad en su planteamiento, así como la falta de reflexión sobre el conocimiento que utiliza, pues guía su actuación en simples suposiciones aceptadas como fiables y verdaderas pero arbitrarias –dada su naturaleza–, difícilmente justificables en términos racionales.

A decir de Natalio Kisnerman, *la “concepción del trabajo social como tecnología responde a un encuadre positivista liberal, que privilegia la práctica. El trabajador social es así un operador de métodos y técnicas que interviene en lo inmediato, en lo evidente.....la tecnología es el conjunto de reglas que establecen las formas de proceder para controlar y dominar la naturaleza. Pueden estar muy estandarizados y científicamente fundamentados”* (Kisnerman. 1998:154)

Siguiendo el planteamiento de Kisnerman, cuando opera como tecnólogo social, el trabajador social crónicamente recurre al uso de utensilios conceptuales que proceden de las distintas disciplinas de las ciencias sociales y los aplica sin distinción en su cotidiana actividad profesional; aunque desconoce sus fundamentos de pertinencia y epistemológica, dado su pragmatismo operativo que dificulta –las más de las veces–, apreciar la probabilidad latente de incongruencias que implica asumir indiscriminadamente tales nociones teóricas.

Ahora bien, continuando con este análisis, corresponde formular algunas argumentaciones en torno al trabajo social concebida como **disciplina científica** y que conlleva asumir por un lado, la promoción continua de acciones de reflexión epistemológica –que a modo de vigilante en la producción de conocimiento específico–, oriente la propia praxis de la profesión –entendida como la intervención profesional en relación a diversas problemáticas sociales–, guiada por la racionalización que aporta la necesaria y suficiente rigurosidad, como norma conductual de actuación respecto al objeto de estudio.

Y, por otro lado, la necesidad de ir constantemente recurriendo de forma organizada, al uso de teorías para el abordaje de los fenómenos y objetos afines a su quehacer profesional; para luego sistematizar experiencias resultantes de los encuentros con la realidad concreta e histórica que aporten a la producción, reproducción y consecuente acumulación de conocimientos especia-

lizados sobre la disciplina.

En la medida que el trabajo social muestre interés y preocupación por desarrollar esfuerzos de racionalizar su tarea y asuma como norma conductual, la rigurosidad expresada en su quehacer cotidiano profesional, tiende a transformarse en disciplina científica de las ciencias sociales.

Sin duda, estos esfuerzos fueron ampliamente favorecidos por los movimientos de la reconceptualización del trabajo social iniciadas en los encuentros continentales de Porto Alegre (1965), Araxá (1967) y Tesópolis (1970), cuyas recomendaciones giraron en torno a ir perfilando posibilidades técnicas y prácticas para un trabajo social enraizado en la realidad de un *aquí y ahora*, pero que al mismo tiempo pueda aportar elementos de transformación y modificación de esas realidades sociales históricas en las que se inserta la profesión.

El movimiento de la reconceptualización en el caso del trabajo social, coincidió con las fuertes interpelaciones de las sociedades a las distintas disciplinas científicas y que giraron en torno a la necesidad de promover nuevas lecturas interpretativas de la realidad, con la participación activa, comprometida, organizada y movilizadora de las sociedades en la toma de decisiones relativas a la vida económica, política, cultural y social fuertemente condicionados por la irrupción del capitalismo moderno.

Respecto a los efectos de la reconceptualización del trabajo social, si bien no logró profundizar en la discusión teórica-epistemológica; sí tuvo la capacidad de arribar a la formulación de planteamientos metodológicos; sin menoscabar bajo ninguna circunstancia –claro está–, las ricas aportaciones en torno a la reocupación y análisis acerca del carácter de científicidad y jerarquización de la disciplina.

Asimismo, esta formulación de planteos metodológicos en el caso del trabajo social, puso especial énfasis en la necesidad de construir modelos socioeducativos promocionales que contribuyan por un lado, a la ampliación de las bases de participación social desde las organizaciones populares y; por otro, posibiliten la consolidación y fortalecimiento de la propia identidad profesional que se despliegan desde las condiciones de desenvolvimiento que le señala la propia realidad coyuntural a la profesión.

Estas interpelaciones –originadas en el movimiento de la reconceptualización– han permitido no sólo al trabajo social, sino también a las otras disciplinas de las ciencias sociales, a la búsqueda del lugar histórico desde el cual actuar, explicar e

intervenir en las complejas transformaciones sociales, caracterizados por el debilitamiento –y en muchos casos la desintegración– del tejido social, a consecuencia del impetuoso avance de la economía de mercado, que en cierta forma, constituye el regulador principal de las relaciones sociales, el incremento de las desigualdades y las brechas de inequidad e injusticia existente entre individuos, clases y grupos sociales.

Afin a estas implicancias y dificultades propias de las ciencias sociales, al igual que en el trabajo social; podríamos afirmar que ellas constituyen su objeto de estudio en medio de una complejidad muy superior a la de las ciencias naturales; pues la intencionalidad o la significatividad que subjetivamente atribuye el hombre a sus acciones, resultan ser mucho más difíciles y complejas de descifrar e interpretar; dado que lo previsible, lo esperable es ajeno a las ciencias sociales.

Por lo mismo, las situaciones previsibles quedan descartadas en las ciencias sociales en general, dado que si bien son *“ciencias como las demás.... tienen una dificultad especial para ser ciencias como las demás”* (Bourdieu.2003:150).

De hecho las ciencias sociales deben ser capaces de avanzar aún más que las ciencias de la naturaleza, no solo por la complejidad de su objeto de estudio, sino porque deben asumir la difícil tarea de poner en escena aquello que se halla oculto por excelencia y que escapa a la mirada superficial de la ciencia, pues ella se refugia precisamente en la mirada misma del científico; cuya objetivación es la condición del acceso de la ciencia a la conciencia de sí misma; es decir, al conocimiento de sus presupuestos históricos que en ella tienen lugar.

Ello queda ratificado en el sentido de que *“uno no escapa al trabajo de construcción del objeto y a la responsabilidad que él implica. No hay objeto que no conlleve un punto de vista, por más que se trate del objeto producido con la intención de abolir el punto de vista, es decir, la parcialidad; de sobrepasar la perspectiva parcial que está asociada a una posición en el espacio estudiado”* (Bourdieu.2008:17). De ahí que la finalidad de la ciencia, es construir un cuerpo de proposiciones lógicamente interrelacionadas (teoría), con capacidad de explicar determinadas relaciones entre los fenómenos estudiados.

Ahora bien, en el caso particular del trabajo social, se trata de construir generalizaciones empíricas para luego incorporarlas a un sistema de proposiciones generales; es decir, a una teoría, la cual tiende a incrementarse –pero que también sea susceptible a sufrir modificaciones parciales o

totales– constantemente, producto de la investigación que en ella tiene lugar.

Situación similar ocurre en las ciencias sociales que *“todavía no han asimilado la idea de que la validez de la experiencia, en la medida en que su objeto está esencialmente mediado por la subjetividad, aumenta con la participación subjetiva del sujeto cognoscente”* (Adorno.2001:28). Evidentemente, una de las características de la vida humana y también de la vida social, es antes que todo, su transformabilidad cualitativa y unido a ella, su más desconcertante imprevisibilidad; pues las transformaciones siempre son posibles o requeridas, según necesidades y razones que resultan difíciles de predecir.

De ahí que los esfuerzos intelectuales y con ello, las teorías y conceptos, se construyen con el claro propósito de reducir gradualmente un conjunto de complejidades cambiantes, resultantes de la dinámica del mundo social, creando por inercia, una propensión a estar siempre alertas y predispuestos a observar continuamente los trabajos de producción de conocimientos sobre la realidad del mundo social (necesidad de una continua vigilancia epistemológica).

Entonces, pensar el trabajo social implica *“convertirlo en objeto de reflexión, ubicarlo allí, en sus prácticas constitutivas, donde los hechos sociales suceden entrelazadas en interacciones sociales.... Es esa práctica la que hoy obliga a reformular lo social, los supuestos epistemológicos, la necesaria integración de los principales aportes del pensamiento contemporáneo, a entender que lo social pertenece a la vida cotidiana”* (Kisnerman. 1998:158).

De igual forma, reconocer que el trabajo social formaliza un **“hacer social”** por excelencia; en tanto promueve la construcción de un conocimiento casi-coyuntural de realidades específicas y particulares que se hallan ineludiblemente conectadas a una práctica social; sean éstas de asistencia, empoderamiento, concientización u organización comunitaria; vinculados en todo momento –claro está– al hombre, que en el devenir histórico, sobrelleva vicisitudes propias del sistema social imperante (carencias, necesidades insatisfechas en salud, educación, empleo, vivienda y acceso a servicios), que reflejan profusamente la desventura de la humanidad.

Frente a este escenario, resulta apremiante para el trabajo social plantear acciones estratégicas de cambio social que lo sitúen cada vez con mayor proximidad, hacia un *“hacer político generalizado”*; sin descartar y menos aún descuidar la presencia del objeto último de sus esfuerzos y

preocupaciones, cual es el ser humano situado en una realidad histórico-concreto y definido por las circunstancias de orden político, social, cultural y económico.

Una posibilidad de visualización del trabajo social como disciplina, supone reconocer explícitamente que ella *“tiene en su haber un manejo conceptual de los problemas que aborda. Tiene acumulada enorme cantidad de información sobre sus prácticas. Existe una amplia bibliografía escrita por trabajadores sociales que implica sistematizaciones y reflexión crítica sobre dichas prácticas. Y, a diferencia de otras disciplinas sociales, es una auténtica praxis social, ya que su ejercicio exige el contacto directo y continuado con la realidad social, a través del trabajo directo con y junto a las personas con quienes trabaja, allí donde suceden sus cotidianidades”* (Kisnerman. 1998:155).

Tales características hacen de la profesión, una acción especializada con base en conocimientos desarrollados, actitudes y habilidades reconocidas socialmente; además de poseer un contenido propio que permite precisar un objeto de estudio y conceptos propios; una filosofía de trabajo y una ética profesional consagrada a la búsqueda del bienestar individual y colectivo de las personas, grupos y comunidades situados en tiempo y espacio históricos.

Por ello, siempre que el trabajo social tenga presente en todo momento, la búsqueda incesante e irrenunciable de construcción progresiva de su corpus teórico, autónomo e integrado a un objeto de estudio; el interés de construir métodos y metodologías orientadas a la resolución de problemas afines a su ámbito profesional específico, creemos que posee los méritos suficientes para ser considerado como disciplina.

A ello, debe agregarse que el trabajo social en esa intención legítima de consolidarse como disciplina, debe ser capaz de trascender con firmeza, la esfera de la aplicación práctica como objeto último de su quehacer profesiográfico.

En otras palabras, supone prestar especial interés a la producción teórica específica, condicionada a la continua y permanente reflexión crítica y la necesaria lectura y relectura de aquello producido; la evaluación de las aportaciones y experiencias metodológicas; para luego desde ahí, realizar la sistematización de los estudios desarrollados a lo largo de su trayectoria histórica con la finalidad de ir constituyendo progresivamente el cuerpo de conocimientos disciplinares.

De igual manera, conviene referirnos a aquello propio del trabajo social y su especial intencionalidad transformadora que orienta su actividad

profesional, como aspectos que marcan búsquedas constantes respecto a su especificidad⁽⁴⁾; y que refieren principalmente al logro de la identidad, legitimidad y reconocimiento del resto de las otras profesiones acerca de su *saber hacer*; pero que también proporcione cierta cohesión interna y externa, en tanto miembros que comparten una misma disciplina.

Esta especificidad tiende a expresarse en diferentes dimensiones que se desarrollan de manera simultánea y autónoma pero estrechamente relacionadas entre sí, como ser el *ejercicio profesional* que conlleva reflexionar críticamente acerca de las experiencias prácticas e intervenciones en escenarios históricos concretos.

Otra dimensión importante es la *producción de conocimiento* o saber especializado que puede evidenciarse en la sistematización oportuna y pertinente de las experiencias profesionales debidamente sustentadas en términos teóricos y metodológicos; el *espacio laboral* en el que se desenvuelve y actúa; además de la *identidad y el estatus profesional* que expresa aquello propio de la profesión y los esfuerzos por reafirmar ante los demás, todo aquello que saben y cuanto saben acerca del propio quehacer profesional.

Para finalizar, debe precisarse que tanto la identidad como el estatus profesional, constantemente se encuentran sometidas a los cambios turbulentos de la compleja dinámica social, la misma que plantea nuevos retos y desafíos a la profesión, la generación de respuestas creativas a tales cambios; así como la consolidación de diferenciaciones y particularidades expresadas en el abordaje e intervención de aquello considerado específico de su hacer profesional, pero que también la diferencia del resto de las otras disciplinas de las ciencias sociales.

2. A MODO DE CONCLUSION

Los inicios del trabajo social bien pueden ser considerados como turbulentos e inestables en términos de su precisión y solidez teórico-conceptual, principalmente en razón a la debilidad epistemológica estructural con la que irrumpe en el escenario del mundo académico enmarcado en las ciencias sociales. Esta situación de algún modo, ha contribuido a la profundización del debate epistemológico en torno a identificarla como tecnología social o bien visualizarla como disciplina científica adscrita al ámbito de las Ciencias Sociales.

En el primer caso, si el trabajo social es concebido como *tecnología social* implica conside-

rarla como una actividad humana que aplica conocimientos de otras disciplinas para resolver situaciones cotidianas histórico-concretas. Por lo que resultaría –desde ya- innecesario analizar y reflexionar sobre los supuestos que subyacen a ese proceso de conocimiento.

La tecnología social constituye aquella actividad conducente a la planeación de soluciones a problemas sociales, a través de combinaciones de los hallazgos derivados de las diferentes áreas de las ciencias sociales, denotando una fuerte carga instrumental que posibilita ejecutar un ***hacer práctico particular*** para atender las problemáticas sociales propias de sus prácticas profesionales; pero que también ha implicado y condicionado su desarrollo y consolidación desde una marginalidad o ausencia teórica – incluso en la actualidad-, de aquellos espacios de producción y reproducción de conocimiento aún bastante limitada.

Desde tales orientaciones, cuando se concibe al trabajo social como tecnología social, se prioriza el desarrollo de experiencias y producciones intelectuales que se encuentran al servicio de la práctica profesional que se concretiza en la construcción de modelos como instrumentos articuladores de la técnica, aunque sin descartar totalmente a la ciencia. Por ello, cuando se insiste en que el trabajador social se constituya en tecnólogo, se cae en la propensión de que éste se deje dominar por la técnica como posibilidad exclusiva de su quehacer profesional en tanto utilitarios, aunque ella por sí sola, no tiene la capacidad de probar una verdad y una creencia útil.

Ahora bien, cuando se concibe al trabajo social como ***disciplina científica***, se pretende por un lado, obtener conocimiento sustancial de una realidad concreta, veraz y efectiva, guiados por la investigación; denotando con ello, una fuerte orientación intelectual, cuya finalidad es alcanzar una explicación verosímil de los fenómenos o los hechos sociales, los mismos que se traducen en acciones de investigación, producción y transferencia de conocimientos.

Por otro lado, se arroga como tarea cotidiana, la continua promoción de acciones de reflexión epistemológica -que a modo de vigilante en la producción de conocimiento específico-, orienta la propia praxis de la profesión –entendida como una forma especial de intervención profesional en relación a diversas problemáticas sociales-, guiada por la racionalización que aporta la necesaria y suficiente rigurosidad como norma conductual de actuación respecto al objeto de estudio.

Así, con base en conocimientos propios desarrollados, actitudes y habilidades reconocidas

socialmente; guiados por una filosofía de trabajo y una ética profesional, está consagrada inexorablemente a la búsqueda del bienestar individual y colectivo de las personas, grupos y comunidades situados en tiempo y espacio históricos.

En la medida que el trabajo social muestre interés y preocupación por desarrollar esfuerzos de racionalizar su acción y asuma como norma conductual la rigurosidad epistemológica expresada en su quehacer cotidiano profesional, tiende a transformarse plenamente en disciplina científica de las ciencias sociales.

Precisamente esa rigurosidad epistemológica – que a modo de vigilante-, permite a la profesión, adquirir capacidades suficientes para trascender con firmeza, la esfera de la aplicación práctica como objeto último de su quehacer profesiográfico, a través de la producción teórica específica condicionada a la continua y permanente reflexión crítica; la necesaria lectura y relectura de aquello producido, la evaluación de las aportaciones y experiencias metodológicas; para luego realizar la sistematización de los estudios desarrollados a lo largo de su trayectoria histórica, con la finalidad de ir constituyendo progresivamente el cuerpo de conocimientos disciplinares.

NOTAS

(1) A modo de justificación, resulta innegable visibilizar históricamente en el trabajo social un marcado carácter práctico interventivo que define su particular actuación, la misma que es constitutiva y constituyente de su ethos profesional.

(2) Un especialista es aquel que sabe mucho de un campo científico cada vez más pequeño y limitado; por tanto, encerrado en un espléndido aislamiento de sus propias metodologías y haciendo de la ciencia un saber absoluto, una especie de ciencia de las ciencias.

(3) Al respecto cabe señalar que las disciplinas se justifican intelectualmente a condición de que ellas no oculten la existencia de realidades globales y, sobre todo, guarden un campo de visión específico que reconozca la existencia necesaria

de relaciones y solidaridades que posibiliten el progreso de la misma.

⁽⁴⁾ Sin el ánimo de realizar profundizaciones teórico-conceptuales con relación a la especificidad y para fines de este trabajo, la consideramos como aquella cualidad que determinado cuerpo o especie posee atributos o propiedades que la hacen especiales y diferentes del resto de las otras, requiriendo como condición sine qua non la existencia de la dimensión inclusiva (existencia de cierta uniformidad presente en esa especie o cuerpo) y la dimensión exclusiva (imposibilidad de hallarse tales atributos y/o cualidades en otros cuerpos o especies).

¹MAGÍSTER EN EDUCACIÓN MENCIÓN CURRÍCULO Y COMUNIDAD EDUCATIVA - FACSO - UNIVERSIDAD DE CHILE -

República de Chile (Ex-Becario AGCI). Licenciado en Ciencias de la Educación Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

- UMSS. POSGRADO ESPECIALIDAD en "PARTICIPACIÓN POPULAR Y DESCENTRALIZACIÓN ADMINISTRATIVA". (Sociedad

accidental UMSS - CIPCA - CINEP - Convenio de Crédito N° 3065 - BOAIF - Banco Mundial - Convenio PDCR II). - DIPLOMADO EN DOCENCIA UNIVERSITARIA EUPG-UMSS - DIPLOMADO INTERNACIONAL EDUCACIÓN PARA LA CALIDAD Y EQUIDAD -

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación - UMCE - Santiago de Chile (Ex-Becario AGCI-JICA) - DIPLOMADO EN PLANIFICACIÓN Y GESTIÓN LOCAL - Alcalá de Henares República de España (INAP-AECID) - Especialidad en GESTIÓN DE PROYECTOS EN ÁMBITOS PÚBLICOS (OEA-UNL-TOP Argentina) - Diplomado "CREACIÓN DE AMBIENTES INTERCULTURALES

EN CONTEXTOS EDUCATIVOS MULTICULTURALES" UNAM-OUI-UPN. San Miguel Contla, Tlaxcala - México. Director Ejecutivo del Programa de Apoyo Comunitario Técnico Integral - FUNDACIÓN PROACTIVA. Asesor y Tutor de Tesis - Especialista en Planificación, Gestión y Desarrollo Curricular - Bases de Proyecto de Grado - Docente de Pregrado y Posgrado UMSS, UNIPOL, UBI- AMERICANA - Docente Carrera de Trabajo Social UMSS - Consultor Independiente en Temáticas Educativas, Sociales y Municipales.

BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, Theodor W. 2001. Epistemología y ciencias sociales. Madrid - España: Frónesis Cátedra Universitat de Valencia.

BOURDIEU, Jean Pierre. 2003. El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Barcelona - España: Anagrama.

BOURDIEU, Jean Pierre. 2008. Homo academicus. Buenos Aires - Argentina. Siglo XXI

DI TELLA, Torcuato; CHUMBITA, Hugo; GAMBA, Susana; GAJARDO, Paz. 2008.

Diccionario de ciencias sociales y políticas. Buenos Aires - Argentina. Emece.

DIERINGER, A; DELLACROCE, M. (2006) Las prácticas profesionales en el ámbito de la formación universitaria y del ejercicio profesional de los trabajadores sociales. En IERULLO, Martin. 2012. Re-

flexiones acerca de los desafíos del Trabajo Social en relación a la investigación en Ciencias Sociales. Buenos Aires – Argentina. Revista Debate Público. Reflexión de Trabajo Social.

KISNERMAN, Natalio. 1998. Pensar el Trabajo Social. Buenos Aires-Argentina: Lumen Humanitas.

VARELA, Francisco. 1996. Ética y acción. Santiago - Chile: Dolmen.

VARELA, Jacobo. 1971. Psychological Solutions to Social Problems. Social Technology. Nueva York. Academic Press. En: TOLEDO, Ulises. 2004. ¿Una epistemología del trabajo social? Santiago – Chile: Cinta de Moebio

Fecha de recepción: 01/08/17

CHINCHE CALIZAYA, Saúl. (2017). "Trabajo social: ¿Disciplina o tecnología social? Algunas puntualizaciones de orden epistemológico". Con-Sciencias Sociales - N° Especial de Filosofía - Semestre 2017. pp. 50 - 61. Universidad Católica Boliviana "San Pablo". Cochabamba.